

dadano, excepto Sócrates, se atrevió á oponerse á las determinaciones de los Treinta. Sin embargo, los emigrados expulsados por la tiranía no habían podido encontrar un sitio donde reclinar su cabeza. Lacedemonia amenazaba con su poder á cualquiera que se atreviese á darles asilo. Esa misma conducta observó la Convencion respecto de los emigrados franceses, y algunos Estados tuvieron la cobardía de obedecer. Solo Tebas y Megara dieron el valeroso ejemplo que en nuestros días hemos visto renovado por la Inglaterra imponiéndose el deber de dar un asilo á la humanidad afligida.

No tardaron los emigrados en reunirse bajo Trasíbulo, ciudadano distinguido por sus virtudes. Un pequeño grupo compuesto solamente de setenta de aquellos héroes se apoderó del fuerte de Phylé. Presentáronse los partidarios del gobierno de los Treinta con su caballería, pero fueron rechazados, y temiendo en vista de esta derrota una sublevación en Atenas, se retiraron á Eleusina.

El modo con que trataron á los habitantes de esta ciudad (sospechosos sin duda de adhesión al partido contrario), recuerda una de las escenas más trágicas de la revolución francesa. Habiendo erigido un tribunal en la plaza pública, mandaron que todos los ciudadanos se presentaran á inscribirse en sus registros. Al ciudadano que se presentaba á cumplimentar esta orden, le hacían pasar por una puerta secreta que comunicaba con la playa, en la cual había una fuerza de caballería formada en dos filas, que apoderándose de la víctima la entregaba al juez criminal para que mandara ejecutar su sentencia de muerte (1). Esto fue también lo que poco más ó menos ocurrió en las matanzas del 2 de setiembre.

Habiendo Trasíbulo aumentado el número de sus secuaces, se apoderó del Pireo. Empezaba ya la opinión pública á interesarse por aquel puñado de generosos ciudadanos que estaban en abierta lucha contra el poder de la tiranía, de manera que de todas partes empezaron á recibir socorros, y hasta el orador Lysias les envió quinientos hombres. Tampoco se descuidaron los Treinta en atacar con su ejército á Trasíbulo para desalojarle de aquella posición. Este mandó formar en batalla á sus soldados, infinitamente inferiores en número á los de Critias, y dejando en el suelo su escudo, «*¡a amigos míos, les dijo, vamos á combatir para arrancar por medio de la victoria nuestros bienes, nuestra familia y nuestra patria de manos de los tiranos. Feliz el que goze el honor de la victoria ó recobre la libertad aunque sea á expensas de la vida! No hay cosa más dulce que morir por la patria.*»

Los emigrados al oír estas palabras, se precipitaron sobre las tropas enemigas. Era muy desigual el combate para que la victoria pudiera permanecer mucho

(1) Este pasaje merece una explicación. Jenofonte que es el que refiere este hecho en el libro segundo de su historia, no dice terminantemente para que *mandara ejecutar su sentencia de muerte*, sino que el general que mandaba aquella fuerza de caballería, iba entregando los ciudadanos al juez criminal; que al día siguiente los Treinta reunieron las tropas, y les manifestaron que debían tomar parte en la *condenación* de los habitantes de Eleusina, puesto que el gobierno y el ejército estaban envueltos en una misma suerte. ¿No era esto hablar con bastante claridad? Algunos autores que ya he citado han hecho subir á quinientos el número de los ajusticiados en Atenas; pero Jenofonte hace decir á Cleerito en un discurso, que las víctimas sacrificadas por los Treinta durante algunos meses de paz, excedieron en número á cuantas perecieron durante la guerra del Peloponeso en veinte y siete combates. Aunque á primera vista parece exagerado este aserto, no deja de tener en el fondo alguna verdad. Por otra parte tal vez sería posible demostrar que la expresión del original griego encierra el sentido que yo le doy, si pudiera resolverme á cansar al lector por medio de una disertación gramatical. En vista, pues, de todo lo manifestado, puede muy razonablemente inferirse que hubo una gran matanza en Eleusina.

tiempo indecisa. Por una parte peleaban la venganza y la virtud, y por la otra el crimen y el remordimiento. Los tiranos fueron derrotados; Critias perdió la vida y sus satélites, llenos de terror, corrieron á encerrarse en Atenas.

Después de la batalla los soldados de ambos partidos se comunicaron entre sí, y se vió que los que habían peleado en favor de Critias eran del número de los Cinco mil, únicos que como ya lo he dicho habían conservado el derecho de ciudadanos. Cleerito, partidario de Trasíbulo, les hizo comprender que era una locura el exponerse á morir por semejantes tiranos. Los Cinco mil se desengañaron al fin, y nombraron otros diez, cuya conducta no fue menos criminal que la de los primeros. Los Treinta y su facción huyeron á Eleusina.

CAPITULO VII.

DESTRUCCION DE LA TIRANÍA.—REESTABLECIMIENTO DE LA ANTIGUA CONSTITUCION.

Una de las máximas del pueblo libre de Esparta, era el sostener por todas partes la tiranía. No hay en semejante modo de pensar generosidad alguna; mas sin embargo, es bastante natural. Todos procuramos ser felices, pero no todos podemos tolerar la felicidad de nuestros vecinos. Los hombres nos parecemos á esos niños ambiciosos que no contentos con sus juguetes, quieren apoderarse de los de sus compañeros (a). Los lacedemonios volaron á defender á los Treinta, y Lisandro bloqueó el Pireo: perdidos estaban los emigrados atenienses, si las pasiones humanas no hubiesen venido á salvarlos y á devolver la paz á Atenas.

Pausanias, rey de Esparta, envidioso de la gloria de Lisandro, halló medio de ser enviado á Atenas con un ejército. Aparentó dar un combate á Trasíbulo pero al mismo tiempo le invitó secretamente á que enviara á Esparta algunos de sus amigos.

Estos concluyeron un tratado por medio del cual la tiranía quedó abolida, y restablecido el antiguo gobierno en su primitiva forma. Así que esta buena noticia llegó á Atenas, los partidos se reconciliaron, y Trasíbulo después de haber ofrecido un sacrificio á Minerva, terminó con estas palabras el discurso que dirigió á los Treinta y á los Diez: «¿Por qué razón queis imponernos vuestro mando, ciudadanos? ¿Valeis por ventura más que nosotros? Hemos ambicionado, aunque somos pobres, vuestras riquezas, siendo así que vosotros habeis cometido mil crímenes por apoderaros de las nuestras?... No quiero recordar lo pasado; pero nosotros os haremos conocer que muchas veces el oprimido tiene más virtud y más fe que el opresor.»

Los Treinta y los Diez que como hemos dicho, se habían retirado á Eleusina, quisieron levantar tropas para restablecerse. Un tirano reducido á la impotencia, es como una fiera encadenada y por lo mismo más feroz. Marcharon los atenienses contra aquellos miserables, y dieron fin de ellos en una entrevista. Sus parciales se arreglaron por último con los vencedores, y convinieron en una amnistia en que quedaron cerradas todas las heridas del Estado.

CAPITULO VIII.

UNA PALABRA SOBRE LOS EMIGRADOS.

Alguna vez al escribir la historia del reinado de los Treinta, me he preguntado á mí mismo: ¿por qué razón elevan á Trasíbulo hasta las nubes? ¿Por qué rebajan á los emigrados franceses hasta el último grado, siendo así que todos se hallan exactamente en el

(a) ¿De dónde pude yo sacar una tan abominable idea acerca de la humana naturaleza? (N. ED.)

mismo caso? Los emigrados de ambos países, viéndose obligados á huir de la persecución que sufrían en su patria, tuvieron que empuñar las armas en tierras extranjeras en favor de la antigua constitución de su país. Las palabras no deben alterar la verdadera naturaleza de los hechos: aunque los emigrados atenienses se hubieran batido por la democracia y los franceses por la monarquía, el hecho es exactamente el mismo. Esa diferencia de opiniones sobre unos mismos objetos proviene de nuestras pasiones: lo pasado lo juzgamos con arreglo á la justicia, y lo presente con arreglo á nuestros intereses.

Nuestros emigrados, como todo lo que procede del choque de las revoluciones, tienen violentos detractores y fogosos partidarios. Para aquellos no son más que unos malvados, la hez y el oprobio de la nación; para estos son unos hombres virtuosos y valientes, flor y gloria del pueblo francés. Esto trae á la memoria el retrato de los chinos y los negros: todos buenos ó todos malos. No basta en la actualidad convenir en que un gran señor puede ser un pícaro, y un realista un hombre depravado: es preciso confesar que cualquiera de aquellos antiguos nobles debió por necesidad ser un perverso. ¿Y por qué? Porque uno de sus antepasados del tiempo de Dagoberto podía obligar á sus vasallos á que hicieran callar las ranas de un estanque inmediato á su castillo feudal cuando su esposa se hallaba de parto.

Algun buen extranjero en el rincón de su hogar en un país tranquilo, seguro de levantarse por la mañana con la misma quietud con que se acuesta por la noche, en completa posesión de su fortuna, con la puerta de su casa bien cerrada, rodeado de amigos y con toda seguridad al exterior, dice tal vez apurando una copa de buen vino, que los emigrados franceses hicieron mal en abandonar su patria: ese buen extranjero es consecuente en su modo de discutir. El se halla perfectamente; nadie le acosa; puede pasearse por donde le acomode sin temor de que nadie le insulte ni nadie le asesine: su casa está libre de que nadie vaya á pegarle fuego, ni nadie le arrojara de ella como una bestia feroz: está en posesión de todos esos bienes: goza de toda esa tranquilidad solo porque la suerte ha querido que se llame Perez y no Gonzalez, y porque su abuelo que murió hace cuarenta años, tenía el derecho de sentarse en un banco determinado de la iglesia, y detrás de su asiento mantenía en pie dos ó tres arlequines vestidos de librea (a). No hay duda, vuelvo á decir, que ese buen extranjero raciocina con mucha consecuencia al decir que los franceses hicieron mal en emigrar de su país.

Nadie sino el desgraciado es juez competente de la desgracia. El corazón grosero de la prosperidad no puede comprender los sentimientos delicados del infortunio. Muy fuertes nos creemos en los días de bienandanza, y magistralmente solemos decir: «Si nos halláramos en esa posición haríamos esto, obraríamos de aquel modo...» pero cuando la adversidad pesa sobre nosotros, entonces conocemos de lleno nuestra propia flaqueza, y con amargo llanto recordamos nuestras baladronadas y las frívolas palabras que se nos escaparon durante los días felices.

Considerando imparcialmente todo lo que los emigrados franceses tuvieron que sufrir en su país, ¿quién es el hombre dichoso en la actualidad, que poniendo la mano sobre su corazón se atreve á decir: «¿Yo no hubiera obrado como ellos?»

La persecución principió simultáneamente en todos los puntos de Francia, y en mi concepto no fue la que lo produjo. Aunque hubiésemos sido el mejor patriota, el demócrata más exagerado, bastaba el tener

(a) No sé si esta clase de defensa era muy agradable á mis compañeros de infortunio. (N. ED.)

un apellido conocidamente noble, para haber sufrido todo género de persecuciones, y para haber muerto á manos del verdugo: así lo acreditan los Lameth y otros muchos que á pesar de ser revolucionarios y de la mayoría de la Constituyente, tuvieron que sufrir la completa devastación de sus propiedades.

Hordas de salvajes, excitadas por otros, salieron de sus guaridas. Un desgraciado noble, en su casa de campo, veía llegar los azorados inquilinos uno tras otro diciéndole: «Señor, que están tocando á rebato; señor, que ya están aquí; señor, que están determinados á quitarnos la vida; señor, ponéos en seguridad, huid, ó estáis perdido!...» Si el desgraciado, cuyo sueño acababa de ser interrumpido en las altas horas de la noche por los gritos de fuego y de asesinato, quería después de haber podido salir con mil peligros de entre las llamas de sus hogares, refugiarse con su esposa é hijos, medio desnudos, en alguna población inmediata, allí era recibido con gritos de muerte por un populacho feroz que al verlo gritaba: «Al palo el aristócrata. Al palo!» En el acto venía la municipalidad con su cinta encarnada, y al frente del populacho á registrar al misero prófugo para saber si llevaba armas. Si por desgracia le encontraban un cuchillo de monte lleno de orín, ó una pistola tal vez sin llave, conducíanlo entre horribles vociferaciones de *traidor, conspirador, perverso*, á la casa de ayuntamiento, para tomar razón de sus supuestas maquinaciones contra el pueblo, y en defecto de otras pruebas bastaba el que se le probase haber oído misa, según la fe de sus padres, para que se le impusieran exorbitantes multas, calculadas con arreglo á la totalidad de las rentas que en otro tiempo cobraba, y de las cuales tal vez en aquel momento no percibía ni la menor cantidad: imponíansele sumas enormes que no pocas veces excedían la suma total de aquellas rentas (1). ¡Tan absurdos, tan arbitrarios eran aquellos que se habían intrusado en el conocimiento de las causas políticas!

En medio de aquel abandono general, en medio de aquella persecución, no tenían los nobles otro recurso que refugiarse en la capital. Allí, confundidos entre la multitud, pensaron librarse por su pequeñez, contentándose con poder vivir en algún oscuro rincón, comiendo con alguna quietud el triste pedazo de pan que les había quedado: sin embargo, no sucedió así.

No parece sino que los hombres que dominaban aquella situación hicieron cuanto les fue posible para obligarles á expatriarse, y no falta quien opina que la Asamblea adoptó secretamente ese plan para tener un pretexto de apoderarse de sus bienes. Las víctimas no odian permanecer en París más que durante un tiempo dado: de lo contrario las puertas de sus casas aparecían el día menos pensado manchadas de negro y encarnado, como en señal de incendio ó de asesinato. Entonces fue cuando llegaron á verse en una situación tan horrible que vanamente yo intentaría describir. ¿A dónde habían de ir? ¿En dónde habían de poder ocultarse? Reducidos á la más profunda miseria; pero sin poder olvidar su patria, todavía se les vió caminar á pie por las carreteras hacia las capitales de sus respectivas provincias, donde por ser más conocidos tuvieron que apurar aun mayores amarguras. Otros regresaron á sus casas solares, es decir, á las ruinas que las llamas habían dejado en pie. Allí se consumó su último destino: algunos fueron arrojados á una hoguera, como el rey Juan, delante de su propia familia: algunos tuvieron que ser testigos de la bárbara violación de sus propias esposas ó hijas, y en vano hubo nobles desgraciados que en medio de aquel infernal desorden elevaron su apagada voz para gritar: Somos patriotas: os cedemos volun-

(1) Esto es precisamente lo que sucedió á la madre del autor, teniendo que añadir seis mil francos de su bolsillo para satisfacer las contribuciones del año 1791.

tariamente nuestros bienes, nuestros vestidos... Sus débiles gritos fueron apagados por los alaridos de los caribes, ó solo sirvieron para redoblar su ferocidad. La desesperacion se apoderó de las víctimas. ¿Qué remedio les quedaba? Huir de su patria. Eso hizo el que pudo hacerlo.

Esa es una de las incontestables razones de la emigracion. ¿Quién cometerá el absurdo de dejarse persuadir por las declamaciones de los revolucionarios, que adunan el sarcasmo con la ferocidad, al condenar á aquellos desgraciados por un principio que no les dejaron abrazar? ¿Os apoderais de mis bienes y me llamas ladrón! ¡Me asesináis, y si el dolor me arranca una queja, me acusáis de traicion! ¡Pegáis fuego á mi casa, y si me escapo por una ventana, me condenáis á muerte por desertor! ¿Y con qué derecho? Dejando por un momento aparte vuestra barbarie, ¿no me habeis ya por medio de multiplicadas órdenes incapacitado para todo destino público? ¿no me habeis condenado bajo la mas cruel severidad á una completa inercia? ¿Y aun os atreveis á decir que la patria necesita de mí! ¡Gran Dios! Inútil es toda razon cuando la falta de pudor llega á ese extremo. Asi como el filósofo de que habla Juan Jacobo, nosotros nos cerramos los oídos por no escuchar el grito de la humanidad y seguimos argumentando.

Pero precisamente en esa conducta es donde aparece la razon que obliga á ciertas personas á calumniar los emigrados. Hemos sido, dicen entre sí los calumniadores, crueles respecto de aquellos, y su desgracia pesa sobre nuestra responsabilidad. Cuando los hombres han cometido ó se proponen cometer una injusticia, se preparan acusando á la víctima: cuando en Cartago se arrojaban niños á la sagrada hoguera, se apagaban sus gritos con redobles de tambores y estrépito de trompetas. Cuando me han dicho que alguna persona se quejaba violentamente de mí, siempre he pensado que el tal se proponia hacerme algun daño, ó que yo le habia hecho algun bien (a)

CAPITULO IX.

DIONISIO EL JÓVEN.

Escenas de distinto carácter llaman nuestra atencion hácia Siracusa, donde podremos contemplar la monarquía despues de haber tratado tan largamente de las repúblicas. Inútil parece prevenir al lector de que en aquella clase de gobierno, lo mismo que en estas, no verá mas que unas mismas pasiones, unos mismos vicios, y unas mismas virtudes: la diferencia solo está en los nombres. La diadema régia, la tiara sacerdotal, ó el gorro del republicano, pueden causar tal vez alguna distinta impresion en las sienes del que las lleva; pero estan muy lejos de modificar el corazon.

En tanto que la tiranía se abria camino para introducirse en Atenas, habia tambien enarbolado su estandarte en Sicilia. Tranquilo poseedor de una autoridad usurpada por la astucia, Dionisio, el Viejo, sostuvo por espacio de treinta y ocho años su poder, empleando alternativamente virtudes y vicios, exterminando con la influencia de estos á sus enemigos, y

(a) Algo mas tolerables son en este pasaje esos sentimientos de misantropía. Mas para ser justo es preciso decir que no toda la emigracion francesa fue obra de la violencia, y que muchos de los emigrados lo fueron voluntariamente. La nobleza de las provincias particularmente, y la oficialidad del ejército emigraron impelidos por un noble sentimiento de honor, y para agruparse bajo la bandera blanca que los príncipes legítimos se habian llevado consigo. ¿Qué francés se hubiera resignado á permanecer en sus hogares cuando se le podia tachar de mujeril inercia? Al defender á los emigrados no defendia mi causa mas que bajo el punto de vista de la lealtad y de los sufrimientos, pues mis opiniones políticas no estaban representadas por las de la emigracion. (N. ED.)

haciendo soportable su yugo con las primeras: fue como Augusto, proscribió y reinó.

Al morir fue reemplazado en el trono por su hijo, que solo se distinguía de la muchedumbre por el traje, y el elevado rango que el capricho de la suerte quiso dar á su mediana capacidad. Asi como otros muchos príncipes de aquellos y de nuestros tiempos, todo su mérito consistía en ser un amable jóven, que sabia decir galanterías á las hermosas, apurar copas de Chio, vivir agradablemente, y estar persuadido de que con llamarse Dionisio, y no hacer mal á nadie, podia muy bien estar al frente del gobierno de una nacion.

Muy grato le habia sido al jóven Dionisio representar á tan poca costa el papel de rey en Siracusa, y tal vez los pueblos se habrian avenido con su sistema; porque en realidad es cosa que importa muy poco. (a) Desgraciadamente el novel soberano tenia un tío que era filósofo. (1)

(a) Quiero decir que todo gobierno humano es una cosa detestable y que lo mas perfecto seria vivir en confusion sin ninguna clase de gobierno. Estos capitulos son mucho mas difíciles de refutar que los de la primera parte y son tambien mas peligrosas que todas las fruslerías antireligiosas de la obra. No se pierda de vista que creyéndome cercano á la muerte cuando los escribí, aborreciendo á los nombres por los crímenes revolucionarios, no apreciando las cosas que habian existido antes de la revolucion, y no teniendo tampoco afición á lo que habia venido en pos de ella, mis ideas iban á parar directamente en la anarquía y en la destruccion de la sociedad. En mi prurito satírico no perdonaba ni á muertos ni á vivos, ni antiguos ni modernos, y no tardaré mucho en turbar las cenizas de Pompeyo, de César, de Ciceron y de Bruto. (N. ED.)

(1) Al leer la historia antigua conviene precaverse del entusiasmo. Hay mucho que rebajar de la idea que nos formamos acerca de los griegos y los romanos. Ese filósofo era indudablemente un grande hombre; pero tampoco carecia, segun nos dice el mismo Platon de grandes defectos. He aquí como habla de Pompeyo Ciceron en sus epistolas á Atico: «*Tuus autem ille amicus, nos, ut ostendit, admodum diligit, amplectitur, amat, aperte laudat; occulte, sed ita ut perspicuum sit, invidet nihil comes, nihil simplex, nihil... honestum (in rebus que sunt republice) nihil illustre, nihil forte, nihil liberum*» y ese es el mismo hombre en favor de quien el mismo Ciceron escribió el discurso *Pro lege Manilia!* y aquel famoso Bruto, aquel virtuoso regicida, verosíblemente asesino de su padre, tan magníficamente alabado de Plutarco y de otros muchos escritores; aquel Bruto habia prestado dinero á los habitantes de Salamina, y queria que Ciceron les obligara á pagar el interés de la suma prestada al cuatro por ciento mensual, en tanto que los mayores usureros, dice el orador romano justamente indignado con semejante peticion, se contentaban con el uno por ciento. Bruto empleó en esta solicitud toda la urgencia y dureza de un malvado hasta el punto de hacer nombrar para la prefectura de aquella ciudad á un miserable que con un destacamento de caballería tuvo asediado por deudas á los senadores de Salamina de los cuales llegaron á morir trescientos de hambre, y aun despues de eso Bruto se atrevia á proponer que por medio de una ejecución militar se le indemnizara de la suma prestada. Me es muy sensible, añade Ciceron, ver que vuestro amigo (Bruto) es tan distinto de lo que yo pensaba. En esas mismas epistolas de Ciceron á Atico es donde se lee esa anécdota muy poco conocida y que sin embargo merece serlo. Ese rasgo es aun mas odioso por la circunstancia de reclamar Bruto aquella cantidad en nombre de dos amigos suyos, aunque en realidad nada tenian que ver con ella.

No careció tampoco el buen Ciceron de debilidades como nos lo revelan sus propios escritos y su biografía escrita por Plutarco. Es curioso ver que César le escribiera hablando de las guerras civiles: «*Mi querido Ciceron permaneced tranquilo, un buen ciudadano como vos no debe meterse en nada.*» Y el pobre Ciceron se llena de espanto diciendo: «*¿Qué habria sido de mí, querido Atico? ¿Estuve á punto de ser arrestado con mis lictores? ¡Ah! ¡Dioses inmortales! circulan las mas funestas noticias. ¡Si yo estuviese en mi casa de Tusculum! Me retiraria á una isla de la Grecia; pero Antonio no lo querrá. ¿Qué he de hacer? Escribió una hermosa epistola á Antonio que llegó con tres cómicas en una litera. En seguida pronunció las Filipicas y Antonio presentó la malhadada carta. César no se tomaba la molestia de*

Dion, que así se llamaba el filósofo, cometió el grave error de no comprender el carácter de Dionisio, y como ciego apasionado de la filosofía, creyó que todo el mundo estaba obligado á amarla como él la amaba. Queriendo, pues, elevar al jóven monarca sobre los límites que la naturaleza le habia prescrito, no hizo mas que llenarle la cabeza de ideas indigestas, y acaso darle vicios, cuya semilla tal vez no se albergaba en su corazon. Arte en extremo difícil es el saber formar un exacto juicio acerca de un hombre y del modo con que es preciso hablarle. Una inteligencia de elevado temple propende á creer que los demás se hallan á la altura de su capacidad, y les habla en ese sentido sin conocer que no le comprenden. El hombre de talento tiene absolutamente que sacrificarse á la tontería, y no falta quien me ha asegurado tener cada vez mas partido en la sociedad porque incesantemente estaba aparentando ser mas nulo que el sugeto con quien hablaba (a).

Por toda la Grecia dominaba la reputacion de Platon, por lo cual Dion aconsejó á su sobrino tratase de atraerlo á Siracusa. Platon despues de haber presentado algunas dificultades, consintió en ir á dar lecciones al jóven monarca, y á resultas de su venida no tardó la corte en transformarse en una academia. Dionisio no hacia mas desde la mañana hasta la noche que argumentar sobre cuál era el mejor ó el peor de los gobiernos; mas al fin se cansó de desatinar en lo que no entendia. Los cortesanos murmuraban; el ejército se cuidaba poco ó nada del *mundo ideal*, y la virtud filosófica era demasiada casta para el tirano. Dion fue desterrado y de allí á poco se le unió Platon en Grecia. Apenas habia salido de Siracusa el moralista, cuando ya Dionisio ardía en deseos de volverlo á ver. Deseos en los reyes son lo mismo que necesidades. Pero por esta vez fue preciso que todos los filósofos de la grande Grecia comprometieran su palabra en obsequio de la seguridad ofrecida al anciano de la Academia. En este interés que toda una corporacion de sabios se tomó por uno de sus miembros, hay algo que conmueve gratamente el corazon: cuando Juan Jacobo andaba errante de pais en pais, (1) muy poco se cuidaban de él los sabios de Francia, de Inglaterra (2), ni Italia.

ocultar sus vicios. La proclamacion de su colega Bibulo: «*Bithynicam reginam eique regem antea fuisse cordi, nunc esse regnum,*» y los versos de los soldados:

*Gallias Caesar subegit, Nicomedes Casarem
Ecce Caesar nunc triumphat qui subegit Gallias;
Nicomedes non triumphat que subegit Casarem,*

dan claramente á entender los desórdenes de la reina de Bithinia. Augusto despues de haber proscrito cuando jóven á sus conciudadanos, deshonoraba, siendo viejo, á las jóvenes de sus Estados. Paso en silencio los Nerones y los Tiberios. Sin embargo es cosa particular que mostrándose Suetonio tan aficionado á referir cierto género de anécdotas nada diga acerca de lo que nos refiere Tácito por lo tocante á los incestos de Agripina con su hijo.

(a) Trato al público con la franqueza mayor del mundo: le cojo del brazo y le cuento con toda familiaridad lo que otro cualquiera me ha contado. (N. ED.)

(1) Las supuestas persecuciones de Rousseau no tenían por la mayor parte mas origen que en sus propias ideas. Es cierto que por algunos de sus escritos fue condenado judicialmente, pero otros escritores que se hallaban en igual caso se reian de una sentencia que no hacia mas que aumentar su celebridad, y cuyo mas duro rigor se reducía á pronunciar algunos dias de arresto en el castillo de Vincennes. No quiero decir que no se cometió una gran falta en dar orden de prision contra Rousseau, pues soy demasiado amigo de la libertad individual y de la imprenta, para no salir en defensa de sus derechos, pero digo que no deben usarse exageraciones y que no es justo dar el nombre de *proscricion* ni de *destierro* á lo que en realidad no presentaba el odioso carácter de tal. (N. ED.)

(2) Seria injusto olvidarse de que Hume dió hospitalidad á Juan Jacobo; que en el duque de Portland encontró la pro-

teccion de un Mecañas y las luces de la filosofía, y finalmente que el gobierno de S. M. británica concedió una honrosa pensión al ilustre emigrado.

CAPITULO X.

EXPEDICION DE DION.—FUGA DE DIONISIO.—TRASTORNOS EN SIRACUSA.

Dion, viéndose despojado de sus bienes, y herido en el alma por el divorcio de su esposa, dada en matrimonio por Dionisio á uno de sus favoritos, resolvió librar de su tiranía á la Sicilia. Púsose al frente de una expedicion no compuesta mas que de dos buques y ochocientos hombres, contra un príncipe que poseia ejércitos y escuadras; (1) pero el jefe de la expedi-

cion de un Mecañas y las luces de la filosofía, y finalmente que el gobierno de S. M. británica concedió una honrosa pensión al ilustre emigrado.

(1) Dionisio entonces carecia de recursos financieros, que son causa poderosa de revoluciones. En este *Ensayo* hay tres ó cuatro capitulos en los que aparecen algunas investigaciones sobre el sistema rentístico comparado de los antiguos y los modernos. Sobre este particular debo decir que es un asunto muy oscuro y que me ha causado mucho trabajo el seguir paso á paso en cuanto me ha sido posible el estado de las contribuciones, de los préstamos, y de todas las operaciones financieras desde los primeros tiempos de la historia hasta nuestros dias. Se verá que tal vez podría probarse que las letras de cambio hubiesen sido conocidas por los antiguos, y que tanto en este particular como en todo lo demás nuestra superioridad sobre aquellos no es tan absoluta como algunos creen. Por lo tocante al papel moneda, no merece la pena de que nos alabemos de su uso, pues nunca ha producido mas que calamidades. Asi lo demuestra palpablemente la Francia y América que tambien ha tenido que sufrir por esa plaga. En 1775 el Congreso decretó la emision de *bills* de crédito por una suma de dos millones de *dólares* que debian irse gradualmente retirando de la circulacion por medio de impuestos, quedando fijado el primer plazo de amortizacion para el 31 de noviembre 1779. Siguiéron otras muchas emisiones, de modo que en febrero de 1776 habian los Estados Unidos mas de veinte millones de *dólares* en papel.

El entusiasmo del pueblo los sostuvo por algun tiempo, pero al fin el interés pudo mas que el patriotismo y principiaron á perder. Prosiguiendo el Congreso en multiplicar el papel, no tardó en llegar su total á doscientos millones. Además de esa enorme masa, cada Estado tenia sus bonos particulares asi como los departamentos de Francia tuvieron sus pequeños asignados. A fin de remediar la pérdida que en 1779 sufrían los *bills*, el Congreso empleó un recurso que la Convencion puso tambien en juego posteriormente y consistia en reemplazar el antiguo papel por otro de nueva crea-

Al oírme hablar de asuntos rentísticos en la tribuna, ó cuando mas he hecho en obsequio de mi pais que es cuando me he abstenido de hablar acerca de malhadadas operaciones, se ha creído generalmente que yo principiaba entonces, como otros muchos, mi educacion financiera, sin embargo no es asi como lo demostraran esta nota y otros muchos pasajes de esta obra. El estudio y la fraseología rentística me eran familiares desde mucho tiempo atrás, pues me aficioné á ellos durante mi emigracion en Inglaterra. Cuando llegué á la direccion de asuntos en mi pais, nada ignoraba de lo concerniente á mis deberes. No sé si hubiera desempeñado debidamente el ministerio de Hacienda, pero por lo menos en tal caso habria tenido ese punto de semejanza con Pitt, y el Estado se habria visto en la necesidad de costear mis funerales. La casa de aquel ilustre ministro inglés se halló siempre en el mayor desorden: todo el mundo le robaba y Pitt nunca acertó á ponerse al corriente de su deuda con la lavandera; yo soy mucho mejor rentístico que todo eso. (N. ED.)

cion contaba con que los vicios del tirano, y la inconstancia del pueblo, suplirían la escasez de sus fuerzas, y no se engañó.

Todo salió á medida de su deseo: hallándose Dionisio ausente de Siracusa, se sublevaron sus habitantes y Dion entró en la ciudad, proclamando el restablecimiento de la república. Al llegar á oídos del tirano esta noticia, se dió prisa en aventurar una batalla cuyos resultados acabaron de arruinarle completamente, y despues de varias negociaciones pudo retirarse á Italia, dejando la ciudadela, de la que ha-

bía tenido la fortuna de apoderarse. Entre tanto se había la discordia introducido en la ciudad: unos defendían á Dion, su libertador; y otros proclamaban á Heraclides que proponía sistemas democráticos. En favor de este se declaró la victoria, y Dion, perseguido por los mas ingratos de entre los hombres, tuvo que retirarse con un pequeño número de amigos leales, atravesando un populacho feroz dispuesto á despedazarlo.

Apenas tan ilustre patriota había salido de Siracusa, cuando el partido de Dionisio que permanecía



ENCERRADO CON ASPASIA Y ALGUNOS AMIGOS.

constantemente bloqueado en la ciudadela; hizo una

cion; mas no consiguió nada y la pérdida fue cada vez en aumento. De manera que por último tuvo el Congreso que mandar suspender la acción de las medidas coercitivas que había puesto en juego, y la enorme pérdida que el papel sufriría paralizó enteramente su circulación en 1784.

Así se verificó la bancarrota. Es un hecho extraordinario pero evidente, que la caída del papel moneda nunca ha producido grandes movimientos en un Estado: la principal razón de este fenómeno consiste en que el que recibe papel en su primera emisión, es decir, cuando por lo regular tiene todo su valor, lejos de sufrir una pérdida suele por lo contra-

impetuosa salida, forzó la línea de los sitiadores, y

rio hacer alguna ganancia. Cuando principia la baja, el papel regularmente ha cambiado ya de dueño, y el capitalista que lo ha recibido en estado de baja se deshace de él con la misma; de manera que continúa circulando en el precio corriente al verificarse la negociación, y el descuento llega á ser insensible entre los individuos que lo van negociando. Solo produce una considerable pérdida al acreedor y al último entre cuyas manos espira. Pero como los capitales no han hecho mas que cambiar de mano, resulta que la pérdida no afecta al Estado porque hay la misma cantidad de propietarios que antes, y el equilibrio no ha sufrido alteración.

causó tal terror, que los ciudadanos enviaron una humilde diputación á Dion, y este tuvo la magnanimidad de volver á socorrerlos.

Púsose, pues, en camino de la capital durante la noche, pero tuvo que suspender la marcha por haber recibido correos en que se le mandaba retirarse otra vez. Habiendo los soldados de Dionisio vuelto á encerrarse en la ciudadela, el pueblo recobró su primitiva audacia: el partido de Heraclides custodiaba las puertas de la ciudad y se proponía disputar la entrada á las tropas de Dion.

Entre tanto, trasmitiéndose de eco en eco, se extiende á lo lejos un sordo rumor que viene de la ciudad; no tardan en oírse gritos espantosos: oyense alaridos confusos, y cuando estos cesan, se distinguen agudos sonidos y alguna voz doliente y solitaria como la de alguno que perece á manos de asesinos en alguna calle desierta; por último resuena de lleno todo el espantoso tumulto de un pueblo insurreccionado, sosteniendo una lucha desesperada con sus enemigos.

Un incendio general, que solo el pincel de Virgilio podría describir, acabó de aumentar el horror de



DIONISIO REDUCIDO Á LA MENDICIDAD.

aquella pavorosa noche. Las púrpuras ráfagas de luz que se reflejan en el sereno cielo, dan á entender á Dion (1) que su patria es presa de las llamas. No tarda en confirmar esta triste realidad un mensajero, que hasta en nombre de Heraclides suplica al filósofo guerrero acelere sus pasos y se olvide en vista del peligro común, de todo resentimiento de las antiguas injurias. La guarnición de la ciudadela había vuelto á hacer otra salida, y despues de haber pegado fuego

á la ciudad, degollaba indistintamente á cuantos ciudadanos caían en sus manos.

Dion no vaciló un momento. Entra en Siracusa con su pequeña tropa de héroes en medio de las aclamaciones de los ciudadanos prosternados que le miran mas bien como un Dios, que como un mortal. El filósofo patriota avanza por las calles al través de mil peligros, pisando cadáveres de los ciudadanos asesinados al resplandor del incendio, entre paredes enrojecidas y entreabiertas por el fuego, unas veces sumergiéndose en torbellinos de humo y de abrasadoras

(1) Dion se hallaba á tres leguas de distancia de la ciudad.

cenizas, y otras exponiéndose á la caída de los edificios que continuamente se estan desplomando en su alrededor. Por último llegó á la ciudadela, á cuya vista las tropas del tirano estaban formadas en batalla; atácalas denodadamente y las obliga á encerrarse otra vez en su guarida, de donde no salieron sino despues de haber entregado la plaza mediante capitulación, á los ciudadanos.

Habiendo Dion restablecido la tranquilidad, no gozó largo tiempo del fruto de sus trabajos; (1) pues pereció asesinado despues de haberse hecho por su parte culpable de otro asesinato. Calipe, que fue el matador de Dion, se vió á su vez arrojado por el hermano de Dionisio, y por último este tirano volvió á recobrar el trono perdido despues de diez años de interregno.

Platon conoció mejor que Dion á los hombres de su época, cuando le predijo que no conseguiria mas que causar nuevos males sin poder remediarlos. Es mucha insensatez el querer dar república á un pueblo que carece de virtud: quien lo intente no hará mas que arrastrarlo de calamidad en calamidad, y de tirano en tirano, sin conseguir establecer su independencia. En mi concepto existe una clase de gobierno particular adecuado á cada uno de los diversos periodos de la edad natural, digámoslo así, de los pueblos: la libertad absoluta á los salvajes, la república monárquica á los pastores, la democracia á la edad de las virtudes sociales, la aristocracia á la relajación de costumbres, la monarquía á la edad del lujo y el despotismo al periodo de corrupcion. De aquí se infiere que al querer dar á un pueblo la forma de gobierno que no es análoga á su estado moral, no se consigue nada mas que agitarlo sin fruto, pues tarde ó temprano el inevitable impulso de las cosas (a) lo coloca en el estado que naturalmente debe tener. Hé aquí el motivo de convertirse muchas supuestas repúblicas súbitamente en monarquías: de tales principios, tales consecuencias; de tales costumbres, tales gobiernos. Si hombres viciosos trastornan un Estado, por muy plausible que sea el pretexto de que se valgan, lo único que podrá resultar es el despotismo. Los tiranos son el remordimiento de las revoluciones llevadas á cabo por los perversos.

CAPITULO XI.

NUEVOS TRASTORNOS DE SIRACUSA. — TIMOLEON. — RETIRADA DE DIONISIO.

No duró mas que dos años la nueva aparición de Dionisio en el trono. Insurreccionáronse nuevamente los intratables siracusanos y llamaron en su ayuda á

(1) Dion juntamente con algunos filósofos platónicos quiso establecer en Sicilia una de esas repúblicas ideales que tanto daño causan á los hombres. Tal vez sea esa la única vez que se ha intentado establecer un gobierno sobre principios puramente abstractos. Los franceses quisieron tambien hacer lo mismo en nuestros tiempos, pero ni estos, ni aquel pudieron conseguirlo, porque el vicio dominaba ya en las costumbres nacionales. Es casi increíble cuánto se parece la edad filosófica de Alejandro á la nuestra.

(a) Aquí refuto victoriosamente la mania de querer dar á los pueblos constituciones uniformes desentendiéndose del estado de civilización en que se encuentran. Eso mismo he dicho en la tribuna hace diez años, sea como miembro de la oposicion, sea como ministro, deseando á todas las naciones una libertad proporcionada á su grado de ilustración. Ese es el único modo de elevar á los hombres á una libertad completa, y no siguiendo ese camino todo cuanto se haga en obsequio de la libertad redundará en favor de la tiranía. Mi razon ya madura aprueba pues completamente lo que dije en esta página hace treinta años, pero no por eso se pierda de vista que entonces me referia únicamente al sistema de las repúblicas antiguas, esto es, fundando la libertad únicamente en las costumbres, y olvidándose de otra especie de libertad que es la que los progresos de la civilización traen consigo. (N. ED.)

Icetas, tirano de un país inmediato. Este, lejos de pensar en combatir por la libertad de Sicilia, no pensó sino en substituir á Dionisio, y se alió secretamente con los cartagineses. No tardó la escuadra púnica en presentarse á la vista del puerto, cuando el antiguo tirano no habia abandonado aun la ciudadela y se defendia contra el nuevo dueño de la ciudad. En semejante conflicto los siracusanos enviaron á pedir socorro contra Dionisio, contra Icetas, y contra los aliados de este, á Corinto, su madre patria. Compadecidos los corintios de su antigua colonia, enviaron á Timoleon al frente de diez buques de guerra. Este grande hombre desembarcó en Sicilia, y alcanzó una victoria sobre Icetas.

Al ver Dionisio desvanecidas sus esperanzas, se entregó al general corintio, y este hizo marchar á Grecia con una sola nave, sin acompañamiento, y con una pequeña suma de dinero, al que en otro tiempo habia sido señor de escuadras, tesoros, palacios, esclavos y de uno de los mas hermosos reinos del mundo antiguo. Viéndose de allí á poco Timoleon dueño de Siracusa, batió á los cartagineses; é invitando al pueblo con la libertad, mandó que se arrasaran las ciudadelas que acostumbraban servir de guarida á los tiranos. Precipitáronse los siracusanos sobre aquellos odiosos monumentos de esclavitud: arrasáronlos, y destruyendo hasta los sepuleros de los déspotas, dispersaron sus huesos por los campos, ó los dejaron suspendidos como los esqueletos de las aves de rapina que se colocan en las heredades para espantar á sus semejantes (b). Erigiéronse tribunales de justicia nacional en el mismo terreno de aquellas ciudadelas de donde en otro tiempo emanaban las injustas arbitrariedades de los reyes. Hasta sobre las estatuas de estos recayó públicamente la justicia del pueblo y fueron condenadas á ser vendidas, no exceptuándose entre todas mas que la de Gelon. El bueno, el patriota Enrique IV, que no habia sido un usurpador como Gelon, no pudo salvar su efígie del furor de los republicanos franceses. Los antiguos acataban la virtud hasta en sus mismos enemigos, y los que concedieron honores sepulcrales al extranjero Mardonio, no habrían ciertamente dejado confundir las cenizas de su compatriota Torená, en medio de una osteología de monos. En vano tratamos de aumentar nuestra estatura para imitar á los gigantes de la Grecia, nunca pasaremos de ser unos pigmeos (c).

CAPITULO XII.

DIONISIO EN CORINTO. — LOS BORBONES.

Al llegar Dionisio á Corinto, acudió todo el mundo á saciar la curiosidad de contemplar un monarca en la desgracia. No es tan intenso el amor que profesamos á la libertad como el odio que alimentamos contra los poderosos; porque no podemos tolerar la felicidad en los demás y estamos en la inteligencia de que aquellos la poseen completamente. Como los reyes estan al parecer persuadidos de ser una raza distinta de la multitud, no es extraño que en el día de la desgracia no encuentren quien acompañe con una lágrima su desgracia. Cada cual al verlos en el infortunio dice entre sí: «he aquí el hombre á quien los demás prestábamos obediencia y que con sola una mirada habria podido arrebatarme la libertad y la vida.» Sin poder elevarnos de nuestra baja raza rastreamos ante el prin-

(b) La comparacion es bastante exacta; mas no conviene llevar el odio de la tiranía hasta el extremo de aplaudir la violación de los sepuleros. (N. ED.)

(c) Ese pasaje aunque no enteramente falso de verdad respira demasiada indignación. Fácilmente se echa de ver que ese sentimiento de independencia que campea en todas esas páginas, en nada perjudicaba al afecto que yo tenia á mis legítimos soberanos. No pueden condenarse con mas sinceridad los excesos revolucionarios, ni profesar mas apego á la libertad. (N. ED.)

cipe sentado en el trono y cubierto de gloria; mas tambien le escupimos al rostro asi que lo vemos caer (a).

¿Qué recurso le quedaba á Dionisio en medio de tales angustias? Habria debido saber que para los desgraciados son menos temibles los tigres y los desiertos que la sociedad. Habria debido retirarse en algun lugar solitario á llorar sus culpas pasadas y particularmente á ocultar sus lágrimas; lo mejor que podia haber hecho era haberserecostado como los antiguos y haber muerto. No es tan digno de lástima el hombre que en medio de su infortunio vive cerca de un droguero ó de un vendedor de pañales, y conserva algunas monedas en su bolsillo (b).

No tenia ese temple el alma de Dionisio: aquel tirano conservaba todavia no sé por qué razon apego á la existencia. Tal vez algun lazo oculto que no se atrevia á descubrir, algun secreto afecto... ¿No era por ventura padre? ¿No dan las debilidades del corazón apego á la existencia? Uno de los terribles efectos de la desgracia es el redoblar nuestra sensibilidad: al mismo tiempo que en el corazón de los otros estingue nuestro afecto, nos hace mas susceptibles de amistad, cuando ha pasado ya la hora de los amigos.

Provechosa leccion ofrecia el tirano de Siracusa en Corinto á donde los extranjeros acudian á meditar sobre tan extraordinario espectáculo. Aquel desgraciado monarca cubierto de harapos pasaba su vida en las plazas públicas y las puertas de los bodegones donde por compasion le daban algun poco de vino y los restos de las comidas. El populacho formaba corro en su alrededor y Dionisio tenia la bajeza de divertirlo con sandeces. En seguida pasaba por las tiendas de los perfumistas, é iba á casa de las cantoras á ensayar lo que ellas habian de cantar en el teatro, y á disputar sobre reglas de música. Mas adelante para no verse reducido á morir de hambre tuvo que reducirse á enseñar gramática á los niños del pueblo de los arrabales, y aun no fue este el único envilecimiento á que le condenó la fortuna.

No ha faltado quien ha querido indagar las causas de tan rastrera conducta, y sobre este particular hizo Ciceron una reflexion llena de amargura, opinando que no siéndole posible á Dionisio olvidarse de su propension á la tiranía quiso ejercerla sobre los niños. Justino por el contrario cree que el tirano obró de aquel modo por quitar todo motivo de sospecha á los de Corinto. ¿No será mas prudente creer que la desesperacion fue la única causa que precipitó al destronado monarca de Sicilia en aquel colmo de bajeza? A fuerza de insultarlo lo convirtieron en objeto digno de los insultos. Es la desgracia una enfermedad del alma que quita la energia necesaria para desprenderse de la vida, y cuando el desgraciado conoce que su carácter se envilece, y que la piedad de los hombres se desdena de emplearse en él, entonces se envuelve enteramente en el desprecio, como en una especie de sudario.

No obstante la máscara de insensibilidad con que el tirano ocultaba su rostro, dudó que el banco de pie-

(a) Insufrible seria la vida si fuese la raza humana lo que en aquel tiempo me parecia ser. Si el pueblo escupe en el rostro á los reyes caídos del trono, falta saber si al recobrar estos el poder no escupen tambien en el rostro de sus servidores.

(b) Solo me faltaba para coronar la obra el recomendar el suicidio. Si el resto de la obra no estuviera en contradicción con semejantes principios, y no ofreciera una expiación de esos arrebatos de un alma dolorida, no habria términos con que reprender al autor del libro. Si me fuera posible alegar una excusa de doctrina tan perniciosa, haria notar que era un sentimiento generoso y hasta monárquico el que me las inspiraba. Yo hubiera querido que Dionisio se hubiese dado la muerte antes que envilecer a un mismo tiempo su persona y su dignidad; el consejo es criminal; pero el motivo que lo dictaba es noble. (N. ED.)

dra que le servia de almohada durante la noche en la plaza pública, y que tal vez tenia que compartir con algun mendigo de Corinto, amañeciese enteramente seco por la mañana. Muchas palabras que se le escaparon á aquel desgraciado justifican esta conjetura.

Habiéndose cierto día encontrado con Diógenes y oyendo que este le decia: «Tú no merecias semejante suerte,» no entendió el sentido de esta exclamación, y figurándose que al fin habia tenido la dicha de encontrar un ser humano que le compadeciera, contestó sin poder dominar su emoción «¿Luego tú me compadeces! Gracias.» La sencillez de esas palabras que habria debido enternecer á Diógenes, no hizo por el contrario mas que irritar el despecho del feroz cínico. «¿Yo compadecerte! esclavo, te engañas, replicó Diógenes: cáusame indignación el ver que te dejan vivir en una ciudad donde gratuitamente se te han de proporcionar algunos placeres.» No quiera Dios que nunca participe yo de semejante filosofía.

Viéndose en otra ocasion importunado por un hombre que le abrumaba con indecentes familiaridades exclamó con la mayor resignación: «¿Bienaventurados los que han aprendido á sufrir!»

Tambien sabia algunas veces rechazar una injuria grosera por medio de dichos agudos. Cierta ciudadana sospechosa de ratería, se aproximó á él sacudiendo la túnica, á fin de manifestar que no llevaba ninguna arma oculta (se acostumbraba hacer esta ceremonia para hablar con los tiranos); viendo lo cual Dionisio le dijo: «Prefiero que sacudas la túnica al despedirte.»

La fortuna mezclaba alguna vez dulzuras con sus rigores como para hacerle mas insoportable lo acerbo de su caliz. Concediósele al destronado tirano licencia para viajar, y Filipo le recibió en su corte con todos los honores debidos á su anterior estado. De manera que habiendo sido maestro de escuela en Corinto honrado como rey en la corte de Macedonia, y viéndose luego reducido á la mendicidad, nadie mejor que aquel desgraciado pudo dar testimonio del insensato capricho de la fortuna y de la vanidad de todos los papeles que se vió obligado á representar. Por lo menos el padre de Alejandro se honró asimismo respetando tan atroz infortunio, y al ver á su desgraciado huésped no pudo menos de decirle con alguna viveza: «¿Cómo has perdido un reino que tu padre supo conservar tanto tiempo?—Eso consiste, respondió Dionisio en que heredé su poder, pero no su fortuna.» Esa contestación explica la historia entera del género humano. Cierta noche que Filipo y Dionisio pasaban amigablemente el tiempo en una orgía preguntó el primero al de Sicilia cuánto tiempo empleaba su padre, Dionisio el antiguo, en componer tanto número de versos: «El tiempo que nosotros empleamos en beber, contestó alegremente el rey destronado (c).

Por último, quiso la suerte dar al gran drama de la escuela de los reyes un desenlace no menos extraordinario que las demás escenas. Viéndose otra vez reducido Dionisio al último grado de miseria, ó tal habiendo flaqueado su razon en fuerza de tantas desgracias se alistó en una compañía de sacerdotes de Cibeles, y la Grecia vió al monarca de Siracusa recorrer sus ciudades y aldeas bailando con su enorme barriga al sonido de un timpano y luego alargando la mano para recibir la miserable limosna que el populacho le daba.

(c) No he sacado todo el partido que podia de esta entrevista de Dionisio y Filipo. Dionisio el Antiguo, fue un monarca bastante ilustre que tuvo un hijo demasiado mezquino, y Filipo por el contrario, tuvo por heredero á un hijo, que es uno de los hombres mas eminentes que la historia recuerda. Aquel pequeño déspota que daba fin al reino de Sicilia comiendo con el joven Alejandro, que iba á dar principio á una de las tres mayores monarquías del mundo, formaba un contraste que yo habria debido aprovechar. (N. ED.)